

Episodio bíblico de la bendición de Jacob

En el segundo domingo de Cuaresma la Iglesia hace rezar a los sacerdotes, en el Breviario, el episodio bíblico de la bendición de Jacob por parte de su padre Isaac. A dom Columba Marmion le gustaba mucho relacionar este episodio con el Evangelio de ese mismo domingo, que narra la transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo, por ver figurado en él todo el misterio de nuestra adopción sobrenatural. Pero como es un episodio que solemos entender mal, expliquemos primeramente el verdadero sentido de esta historia, para indicar solo luego algunas aplicaciones que la Iglesia o los Santos han hecho a nuestras almas.

1º Alcance exacto del episodio de la bendición de Jacob por su padre Isaac.

Si se lee rápidamente y sin la debida reflexión el capítulo 27 del Génesis, que es donde se cuenta la historia de la bendición de Jacob, se tiene la impresión de que Jacob, llevado de envidia por la primogenitura de su hermano Esaú, aprovecha la ocasión en que su hermano está hambriento después de un día de cacería, para exigírsela a cambio de un plato de lentejas; y que más tarde, llevado de esa misma ambición, miente a su padre para arrebatarle a Esaú la bendición que sólo le correspondía al primogénito. En todo ello Jacob, y su madre Rebeca –que se prestó a ello–, tienen la pinta de unos pillos que, mediante el fraude y la mentira, se apropian de lo que no les correspondía.

Y, sin embargo, nada más falso cuando se lee atentamente el episodio con todos los detalles que nos da la Sagrada Escritura, y con los comentarios que hacen los Santos Padres. Los resumimos a continuación.

1º Ante todo, cuenta la Escritura que Rebeca, habiendo concebido a un par de mellizos, y sintiendo que peleaban duramente en su seno, fue a consultarle a Dios qué significaba su embarazo. Se iba a consultar a Dios acudiendo a algún personaje que hablara en nombre de Dios, que en la ocasión pudo ser, o el rey Melquisedec, sacerdote del Altísimo, o el mismo Abraham, al cual aún le quedaban 16 años de vida cuando su nuera Rebeca quedó encinta. Allí, de parte de Dios, se le dijo que *llevaba dos pueblos en su seno*, y que ***el mayor serviría al menor***. Esa respuesta la guardó Rebeca para sí, sin comunicársela a su esposo

Isaac, y le bastó a la piadosa madre para saber que, en el plan divino, la primogenitura le correspondía al menor.

2º Sigue diciendo la Escritura que, creciendo los mellizos, Esaú se hizo un robusto cazador, mientras que Jacob, de temperamento más apacible, solía quedarse más en el círculo familiar. Isaac amaba a Esaú, porque veía en él el vigor que correspondía a un primogénito; mientras que **Rebeca, sabedora del plan de Dios respecto de estos dos hijos suyos, se encariñó con Jacob**, a quien ciertamente debió darle a conocer la revelación divina. Y ese conocimiento del plan de Dios es el que movió a ambos a proceder como luego lo hicieron.

3º Jacob no tardó en darse cuenta de la manera indigna como Esaú ejercía o despreciaba su primogenitura; y por eso esperó pacientemente el momento en que la divina Providencia le trasladaría a él la posesión de dicho derecho. Ese momento es el que se narra en la Escritura. Habiendo salido Esaú de cacería, y volviendo exhausto de la misma, pidió a Jacob que le diera parte del potaje de lentejas que estaba cocinando. **Jacob aprovechó la ocasión para pedirle algo que, según el plan divino, le pertenecía a él: el derecho de primogenitura.** De hecho, Esaú no dudó en vender entonces su primogenitura por un plato de lentejas, siendo en esto, como expresamente lo advierte San Pablo, un verdadero profanador (Heb. 12 16).

4º Por eso, cuando Isaac, sintiéndose desfallecer, le indicó a Esaú en qué condiciones quería transmitirle la bendición patriarcal, comiendo de su caza un bocado que le agradaba, Rebeca, que lo escuchaba a través de la tienda, avisó enseguida a Jacob. Había llegado el momento en que **ambos personajes, impulsados virtuosamente por Dios, debían realizar la parte que a ellos les correspondía para que se realizara el plan divino** anunciado a Rebeca desde antes de nacer los mellizos. Ni fue trapacera Rebeca, que revistió a Jacob de una semejanza de Esaú, ni lo fue Jacob al presentarse ante su padre como si fuera Esaú, esto es, como siendo el verdadero primogénito, porque tal era ante los ojos de Dios, por más que exteriormente su manera de proceder pareciera una mentira y un engaño hecho a un anciano ciego.

5º La señal de que en todo este proceder **no hubo engaño** es clara en la Escritura: • por una parte Isaac, al darse cuenta de la treta de Jacob, no lo maldijo ni se desdijo, como podría haberlo hecho, sino que, lleno de admiración, y reconociendo en ello una disposición divina, confirmó la bendición concedida: «*Lo bendije, y quedará bendito*»; • y, por otra parte, Dios empezó a asistir a Jacob a partir de ese momento, protegiéndolo contra la furia de su hermano Esaú, y confirmándole a él todas las promesas hechas anteriormente a Abraham y a Isaac; de modo que el Dios verdadero no dejará de llamarse a sí mismo *el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob*.

Por todo ello, San Agustín, entre otros Padres, afirma que en todo este episodio *no hay mentira, sino misterio* profundo: misterio del destino de los pueblos en el plan divino, y misterio de la incorporación de las almas al Redentor, a Nuestro Señor Jesucristo. Veámoslo.

2º Aplicaciones que la Iglesia y los Santos hacen de este episodio.

Isaac es figura, en todo este episodio, de Dios Padre, que tiene dos hijos, mellizos ellos:

1º El primero, que viene aquí figurado por *Esau, es Nuestro Señor Jesucristo*, su Hijo unigénito en el orden de la naturaleza, pero primogénito en el orden de la gracia, puesto que debía verse seguido de una gran muchedumbre de hermanos menores.

2º El segundo, figurado por *Jacob, son las almas que forman parte del cuerpo místico de ese Hermano mayor*, los sarmientos unidos a la vid, los cuales, según el plan divino, deben revestirse de la vida, de los merecimientos y de los derechos del Hijo primogénito a la bendición divina.

Teniendo esto en cuenta, ya podemos hacer la debida aplicación de esta figura a lo que Dios pretende significar a través de ella.

3º Así como Rebeca conoce el plan divino en favor de su hijo menor, la Iglesia, figurada aquí por Rebeca, sabe que toda su ambición ha de ser la de revestir a Jacob con las ropas de Esau, que ella guarda en casa, y de la semejanza velluda de Esau. Se nos figura así el gran misterio de la incorporación de las almas a Cristo: la Iglesia guarda en casa todos los merecimientos de Cristo, y todo su anhelo consiste en revestir a sus hijos menores con las virtudes y gracias de Nuestro Señor Jesucristo, y de la semejanza del mismo. Y eso lo hace a través de los Sacramentos, de la liturgia, de la vida interior, con las cuales va comunicando a las almas la semejanza del Hijo primogénito. **La Iglesia pone todo su esmero en lograr que sus hijos alcancen la bendición del Primogénito**, para que así se vean asociados a la herencia del Hijo de Dios.

4º Jacob, por su parte, con su actitud de docilidad a Rebeca, es figura de los cristianos dóciles a la voz de su Madre la Iglesia. Ellos le aportan el doble cabrito de su cuerpo y de su alma, y la Iglesia, concedora de los gustos de su Esposo, los prepara para que sean una ofrenda del agrado del Padre celestial. Igualmente **Jacob, al presentarse ante Isaac con la pretensión de ser Esau, es figura del pueblo fiel, que, debidamente revestido por la Iglesia de la vida y merecimientos de Cristo**, se atreve a decirle a Dios: «Mira, Señor, que soy tu Hijo Jesús; y aunque mi voz sea la de un pecador, tienes que reconocer en mí la semejanza de tu Primogénito, y en virtud de la misma has de concederme la bendición paterna». La única diferencia es que aquí no hay treta ni astucia, sino pura y verdadera realidad.

5º Por eso Dios, al igual que Isaac, bendice a Jacob con la bendición de Esau, esto es, **nos bendice a nosotros con la bendición de su Hijo unigénito**; y lejos de desdecirse –como pudo hacerlo al enviar el diluvio, en que se arrepintió de haber creado al hombre–, confirma la bendición que de este modo imparte a los que no deberían haberla recibido, sólo por el hecho de haberse revestido de la imagen de su Hijo.

Conocida es la aplicación que San Luis María Grignon de Montfort hace de este episodio en su *Tratado de la Verdadera Devoción* (nº 183-200), explicando que Rebeca es figura de Nuestra Señora, y Jacob figura de los predestinados. El Santo se limita a acomodar más particularmente este misterio, tal como lo hemos expuesto, a la Santísima Virgen, pues todo lo que se dice de la Iglesia respecto de sus hijos, puede y debe decirse de la Santísima Virgen respecto de sus devotos. Ella, al igual que Rebeca, espía todas las ocasiones propicias para disponer a sus devotos hijos a las gracias y bendiciones del Padre eterno, y se esmera en revestirlos de los merecimientos y virtudes de Cristo.

No hemos de extrañarnos de que, en todo este episodio, Esaú sea figura de Cristo, ya que Nuestro Señor, aunque es el Primogénito del Padre, debía cargar sobre Sí la maldición que pesaba sobre todos nosotros, para que nosotros pudiéramos recibir la bendición de hijos de Dios. Según palabras de San Pablo, «Cristo nos redimió de la maldición de la ley al hacerse maldición por nosotros –porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero–, para que la bendición de Abraham llegara por Cristo Jesús a los gentiles, a fin de que recibamos la promesa del Espíritu por medio de la fe» (Gal. 3 13-14).

Conclusión.

Decíamos al principio que, tanto en el episodio bíblico de la bendición de Jacob, como en la escena de la Transfiguración, se significa todo *el misterio de nuestra adopción sobrenatural*.

Claro está en el hecho de que Dios Padre nos incluya dentro de la bendición que de suyo corresponde a Cristo, «*el Primogénito de muchos hermanos*» (Rom. 8 29); pues, como dice San Pablo, «*si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con El, para que juntamente con El seamos glorificados*» (Rom. 8 17).

Este mismo significado es el que se halla en la Transfiguración de Cristo; ya que, si Nuestro Señor se transfigura, no es porque El lo necesite, sino más bien por nosotros y por nuestra salvación, «*propter nos et propter nostram salutem*». Quiere El revestirse ahora de la gloria que le corresponde como Cabeza nuestra, para mostrarnos cuál será la gloria que recaerá sobre nosotros, que por la gracia somos sus miembros.

Y si la Iglesia coloca el relato de la Transfiguración en el tiempo de Cuaresma, es para recordarnos que, si durante este tiempo somos fieles en dejarnos revestir por Ella de la penitencia de Cristo, de su ayuno y oración, y somos fieles en llevar en nuestra vida la semejanza de la vida de Cristo, seremos admitidos a participar de la bendición del Primogénito, que es Cristo Jesús, y de la gloria que tiene en el cielo.